

sobre la verdad de la noticia. Entretanto Cortes, favorecido de la oscuridad de la noche, llegó sin ser sentido a Zempoala, y se internó sin obstáculo hasta ponerse al frente de los puestos enemigos. La fortuna le fué tambien propicia en evitar el riesgo de encontrarse con la avanzada de Narvaez que patrullaba en el campo, incidente que podria haber desconcertado del todo sus medidas. Cortes conoció por los movimientos que se observaron en el adoratorio, pue se sabia o a lo menos se habia sospechado su marcha; y temeroso de perder tiempo o empeorar su situacion mandó atacar en el acto. Sandoval empezó a subir las gradas, mas a poco fué sentido por los artilleros que se hallaban en la parte superior y dispararon sobre el los cañones. Entonces todos acudieron en peloton a la defensa y cargaron sobre la vanguardia con tanto denuedo, que fué necesario el auxilio del centro que mandaba Olid; con este y con la presencia de Cortes, que se metio en medió del combate para animar a sus soldados, se logró por fin apoderarse de las gradas y poner en fuga a los que las defendian. Mas esta ventaja no fué decisiva por haberse renovado el combate a las puertas de la torre principal del adoratorio, y el resultado habria sido muy dudoso si un soldado no hubiese derribado en tierra a Narvaez con un bote de lanza que le sacó un ojo y lo hizo gritar que lo habian muerto. Esta voz, que se es-

tendió rápidamente, al paso que desalentó a los unos animó a los otros. Entonces las tropas de Cortes proclamaron victoria, y su general al mismo tiempo de hacer cesar el combate ofreció perdonar a los que se rindiesen; mas temiendo todavía alguna resistencia, hizo colocar en batería los cañones contra las puertas de las torres a que se habían refugiado. Temiendo que la llegada del dia les hiciese ver a los vencidos las cortas fuerzas con que se había triunfado de ellos, no se les permitió deliberar pero se les acordó cuanto pidieron y rindieron las armas después de alguna débil resistencia que oponían los capitanes Velasquez y Salvatierra incapaces de hacer traición al gobernador de Cuba. La caballería era la única que quedaba en estado de dar algún cuidado; pero al amanecer se sometió al vencedor tomando partido con él, y no quedó ya cuerpo ninguno en estado hostil que pudiese inspirar temor. Tan completa victoria se logró casi sin perdida: dos muertos por parte de Cortes y diez y siete por la de Narvaez con algunos heridos de poca consideración dejaron, se puede decir, intacto el número de las tropas de ambos partidos, formando todas ellas en lo sucesivo un solo ejército a las órdenes del vencedor, que supo atraerse a los que antes eran sus enemigos con actos de generosidad y confianza, devolviéndoles las armas, y con las lisonjeras esperanzas de tener parte en su fortuna con

las mismas condiciones que sus antiguos soldados.

Así es como el ejercito de Cortes se reizo de nuevo por los medios destinados a acabar con él, y se puso en estado de llevar adelante una conquista, que sin tan oportuno aumento de fuerzas habria sido irrealizable. Las circunstancias le ayudaron mucho para vencer a su enemigo y apoderarse de sus fuerzas; pero en esta empresa como en todas las que estuvieron a su direccion, el buen exito fué debido primeramente a su talento para combinar las disposiciones y ocurrencias fortuitas de que un hombre ordinario no habria podido aprovecharse ni sacar un partido ventajoso. Su ejercito, despues del suceso, escedia de mil hombres; y pudo ya contar con una armada que empezó a ser de muchisima utilidad e importancia desde que cesó el temor de la desercion y los motivos que obligaron a destruir la primera. Mas aunque determinó conservarla, fué tomando la precaucion de cambiar la tripulacion y sacar a tierra la jarcia, velas y timones de los buques a fin de que a nadie ocurriese la tentacion de hacer de ellos un uso poco ventajoso a sus designios.

Mientras Cortes se hallaba ocupado de la expedicion contra Narvaez, los Mejicanos apresuraban las disposiciones que debian ponerlos en estado de desacerse de los Espanoles que se hallaban en Me-

jico, y libertar a su rey. Estos pasos no eran desconocidos a Alvarado, pues ademas de las noticias positivas que de ellos tenia, se lo confirmaban bastante claramente la frialdad de los Mejicanos y la reserva que con el guardaban. Pero este capitán en nada menos pensó que en desbaratar con destreza los designios de sus contrarios y ganar tiempo como lo habia hecho Cortes, sino que quiso hacer uso de las medidas de rigor y severidad, sin salvar siquiera las apariencias de agresor. Así es que con suma imprudencia empeñó un lance que habria causado la ruina de toda la guarnicion, si la fortuna no hubiese hecho que Cortes, contra toda esperanza, hubiese concluido la campaña contra Narvaez en una sola accion.

Se acercaba una festividad religiosa, en la que los Mejicanos debian reunirse y concurrir los nobles adornados de todas sus joyas al atrio del templo mayor. Alvarado se dispuso para caer sobre ellos y lo hizo en el momento en que menos prevenidos estaban, es decir cuando entregados a la alegría que producen estas escenas de diversion, se hallaban menos capaces de defenderse. La dispersion fué pronta, la matanza escesiva y el despojo considerable; pero los resultados fueron los mas funestos, y se dejaron sentir inmediatamente. Los Mejicanos vivamente resentidos de la perfidia, crudeldad y avaricia del jefe de la guarnicion se re-

solvieron a arrostrar con el peligro, y animados de la venganza rompieron la guerra contra los Españoles empezando por reducir a pavesas los bergantines que dominaban la laguna, y atacando despues con el mas grande furor el cuartel de sus agresores. Alvarado logró proporcionarse medios de escribir a Cortes, comunicandole el apuro en que se hallaba, avisandole que muchos Españoles eran muertos, que los almacenes habian sido incendiados, y que aunque todavia se oponia resistencia, se hallaban en vísperas de perecer de hambre o sucumbir a la multitud de los Mejicanos y de sus constantes y repetidos ataques.

Penetrado Cortes de la urgencia del caso no detuvo su marcha sino los momentos precisos para disponerla, y cuando todo estuvo listo se puso en camino llevandose al paso por Tlascala dos mil soldados de esta republica. Al pisar el territorio del imperio conoció que el resentimiento contra los Españoles no era solo de la capital, pues los lugares del transito se hallaban enteramente abandonados de los habitantes y desprovistos de viveres. Nada se opuso a la entrada de Cortes en Mejico, pero nadie se presentó tampoco a cumplimentarlo como era de costumbre entre ellos con menos motivo que una victoria tan señalada qual la que se habia obtenido. Alvarado y sus compañeros respiraron con su llegada prometiendoselo todo de la prudencia y valor

del general así como del aumento considerable que había recibido su ejercito. Sin embargo muy pronto empezaron a conocer toda la estension y gravedad del peligro. Las ventajas que Cortes había adquirido y la constante fortuna que hasta entonces había coronado sus empresas le hicieron perder su genial circunspección, y predominado por una vanidad que le hace muy poco honor, llegó a tenerse por invencible. Moctezuma fué uno de los primeros que sufrieron los efectos de su orgullo mal reprimido, pues no solo fué recibido con frialdad sino tratado con aspereza, conducta que advertida por algunos de sus familiares se supo inmediatamente en la ciudad y acabó de determinar a los Mejicanos a hacer el ultimo esfuerzo para destruir el ejercito español, y procurar la libertad de su patria y de su principe.

Parece muy probable que desde que se acordó definitivamente la guerra por los principales miembros y subditos del imperio, el plan fué hacerla dentro de Mejico cargando sucesivamente sobre el cuartel de los Españoles las fuerzas todas de la nacion. Las ventajas de este proyecto eran tan visibles que no podian ocultarse a los Mejicanos aun cuando se les suponga muy estolidos, pues solo teniendo encerrado el ejercito se le podria atacar cuando se quisiera y hubiese oportunidad para hacerlo, cortarle el agua y viveres y usar a discrecion

todos los medios de destruirlo, y aun este acaso fué el motivo por que no se puso obstáculo a la entrada de Cortes; nada de lo cual se podría hacer si se hallase fuera y en estado de elejir y determinar por si mismo sus movimientos. Como quiera que sea, en los primeros días que este general ocupó segunda vez a Mejico se rompió abiertamente la guerra, y ya no hubo descanso para los Españoles hasta la victoria que alcanzaron en Otumba.

La incomunicación en que se hallaba Cortes, y el deseo de salir de ella, le obligaron a despachar por la ciudad una partida que procurase atraer a algunos de los habitantes para saber sus designios; pero temiendo por otra parte que fuese sorprendida, la puso al mando del capitán Diego de Ordaz, y la aumentó hasta cuatrocientos hombres. Esta partida empezó a recorrer las calles de la ciudad y a poco andar encontró otra mejicana en estado hostil, pero de poca fuerza, que empezó a retirarse como si hubiese sido sorprendida. Ordaz se empeñó en seguirla con el objeto de hacer algunos prisioneros que diesen noticia del estado de las cosas, mas cuando volvió sobre sí se halló por todas partes cortado; su frente y su retaguardia se hallaban envueltos de numerosas fuerzas enemigas, y de las azoteas llovían, sin cesar, piedras y flechas que lo oprimían por todas partes. Ordaz logró á costa de mucho trabajo abrirse camino, pero no sin gran perdida, pues

perecieron ocho Españoles, y el con todos los suyos quedaron heridos mas o menos gravemente.

Cortes entró en grandes temores cuando vió los tristes resultados de esta victoria, y creyó que podría escarmentar a los habitantes de la ciudad por una salida que, como la de Cholula, causase grandes destrozos en hombres y edificios. Mas antes de ejecutarla le previnieron los Mejicanos, pues apenas había llegado Diego de Ordaz cuando cayeron sobre el cuartel con una decisión y furor hasta entonces desconocidos. Se empezó a jugar sobre ellos la artillería que se los llevaba a centenares; pero sin que les hiciese la menor impresión la vista de sus perdidas, reemplazaban estas con gentes de refresco, que acercándose al muro procuraban escalarlo, romper las puertas y apoderarse de las ventanas. Los Españoles se hallaban oprimidos por el numero y decisión de sus enemigos, y rendidos de fatiga no podían ya sostener las armas, cuando afortunadamente para ellos vino la noche a separar los combatientes. Entonces cesó el furor del ataque pero no las hostilidades, que continuaron sordamente. El cuartel fué incendiado por varios puntos, y hubo gran dificultad en apagar el fuego y mayor riesgo en hacerlo, pues para conseguirlo se hizo necesario abrir algunas brechas que debían después cerrarse con el fin de que no facilitasen el paso al enemigo. Este que en la noche conoció las inmensas perdidas su-

fridas en el ataque del dia anterior no quiso repetirlo, pero provocó a los Españoles a que saliesen a medir sus fuerzas con ellos en las calles. Cortes, que ya lo tenía resuelto no se hizo esperar mucho tiempo, y después de haber dejado en el cuartel la guarnición suficiente, dividió sus fuerzas en tres trozos, dos de ellos para ocupar las calles del flanco y asegurar la retirada, y el tercero bajo sus órdenes para atacar lo que le hiciese resistencia por el frente. Estos cuerpos tenían instrucción para obrar de modo que llevasen siempre por delante al enemigo dirigiéndose todos a la plaza principal donde debían reunirse. Dadas estas disposiciones empezó el combate: los Mejicanos se mantuvieron largo tiempo sin perder terreno, y tan cerrados que a muchos les era imposible el uso de las armas, se arrojaban con furor sobre las filas de los Españoles, y peleaban cuerpo a cuerpo con ellos pereciendo cuantos lo hacían; los claros causados en la multitud por la artillería se cerraban inmediatamente, y el número de cadáveres que embarazaban el paso se aumentaba por momentos. Cuando por fin empezaron a ceder el puesto, lo hicieron no como quien huye sino como quien pretende trasladar a otra parte el combate, pues su retirada se hacia siempre dando el frente, disputando el paso de los puentes, rompiendo estos cuando no se podían sostener, y defendiendo obstinadamente la orilla opuesta. Los de las

alturas hacian tambien su oficio, arrojando sobre los Españos cuento podia incomodarlos; y como esta clase de enemigos se hallaban a cubierto tras de los pretils sin que pudiesen recibir daño de las armas de fuego, se mandaron incendiar muchas casas del transito,

Todo esto pasaba al mismo tiempo en los diversos puntos en que peleaban, avanzando los tres cuerpos del ejercito español, los cuales lograron por fin reunirse en la plaza mayor, y entonces cargaron sobre la multitud de los Mejicanos que tenian al frente, y los derrotaron completamente poniendolos en precipitada fuga. La accion duró hasta muy entrada la tarde, y Cortes viendo rendidas del cansancio sus tropas y temiendo el separarse mucho de su cuartel, resolvió retirarse y lo hizo sin oposicion ninguna, decidido a volver a la carga el dia siguiente. Esto no pudo verificarse por la necesidad de atender a los heridos que fueron muchos, y de procurarse alguna mas seguridad, pues perdió doce Españos, y no podia ocultarsele que victorias obtenidas a tanta costa acabarian por destruirlo.

Tres dias se pasaron en disponer la nueva salida; entretanto los enemigos, al frente del cuartel y en frecuentes aunque cortas escaramuzas, molestaban sin cesar, y aunque se propuso la paz por conducto de los familiares de Moctezuma, esta tentativa fué inutil. En estos dias se construyeron tambien algu-

nos castillejos portatiles de madera, capaces de contener el numero suficiente de hombres para escalar los edificios. La fuerza de los Mejicanos habia aumentado considerablemente por el llamamiento de toda la gente de los lugares circunvecinos, y la ciudad se hallaba por todas partes erizada de trincheras y empalizadas, que se habian levantado a trecchos para facilitar y hacer menos costosa la resistencia. Cuando ya por ambas partes se habian tomado todas las precauciones posibles y adelantado disposiciones conducentes para renovar con ventaja la pelea, se dió principio a esta por la salida del ejercito de Cortes, compuesto de casi todos los Espanoles, y de dos mil Tlascaltecas. Los Mejicanos se condujeron con el mismo valor, dando y recibiendo sus cargas con un orden y concierto que no habian tenido en la jornada precedente. Las maquinas de madera a muy poco quedaron enteramente inutilizadas, y los Espanoles tuvieron que abandonarlas para atacar por el camino ordinario a sus enemigos que retirandose tras de los parapetos, y levantando los puentes de las acequias, embarazaban continuamente su marcha. La artilleria estaba en continuo ejercicio, y aunque por su medio se abrian grandes brechas en los parapetos, el daño de los que los defendian, aunque grande, como era menor que el que se habia padecido antes, lejos de desanimar alentaba a los Mejicanos. Asi se pasó todo

el dia en el ataque de puestos muy disputados, que cuando caian en poder del vencedor de nada podian servirle, por la necesidad de abandonarlos y de que quedasen a discrecion del enemigo que podia renovar en ellos la oposicion y defensa. El resultado de la salida de este dia fué la destruccion de una gran parte de la ciudad, y una perdida asombrosa en el ejercito mejicano ; la del español no fué corta, algunos murieron , muchos salieron gravemente heridos. Cortes lo fué en una mano, y cuando la fogosidad y calor del combate que lo habian ocupado todo el dia dieron lugar a la reflexion, conocio que los Mejicanos no podian como los de Cholula, ser amedrentados con derrotas , y que si las victorias que obtenia contra ellos se repetian , muy pronto se quedaria sin ejercito.

No se resolvia a salir fuera de Mejico ni abandonar una ciudad cuya posesion le habia costado tanto ; pero tampoco hallaba medio de mantenerse en ella ; sobre todo, cuando pensaba en la retirada conocia la dificultad de hacerla, ya fuese abriendose camino con la punta de su espada o procurandosela por las vias poco decorosas de una negociacion. En esta incertidumbre se hallaba cuando lo llamó Moctezuma : luego que Cortes se le presentó, lo reconvino por su tardanza en salir de la capital, atribuyendo a ella la sublevacion de sus subditos que le habia pronosticado cuando por la pri-

mera vez le habia pedido la efectuase : le hizo ver que lo que se queria era justo, pues la libertad del pais y del principe eran las primeras necesidades de una nacion : por ultimo llamó su atencion a que el credito é influjo de su persona para con sus vassallos , no podria ya en lo sucesivo ser útil a los Espanoles si persistian en no salir de Mejico , pues que habiendo tomado las armas sin consultarle, no las depondrian aunque se los mandase, y de esta manera padeceria su autoridad sin que los Espanoles pudiesen sacar de ella la menor ventaja. Bastante penetrado se hallaba Cortes de estas verdades para que pensase resistir a la voluntad de Moctezuma , asi es que cuando por su propuesta se le presentó un medio tan inesperado para retirarse con decoro, lo abrazó inmediatamente y prometió salir de la ciudad luego que las hostilidades cesasen. Moctezuma que no esperaba hallar sino oposicion y se habia prevenido para combatirla con enerjia, se llenó de alborozo por la deferencia del general español y le prometió lo que pedía.

El negocio parecia concluido de una manera satisfactoria para ambas partes; pero el destino habia dispuesto las cosas de otro modo. Los Mejicanos emprendieron al dia siguiente el ataque del cuartel cuando Cortes arreglaba, en una conferencia con Moctezuma, el modo de retirarse. El acometimiento fué general, y la impetuosidad del ataque tan

grande, que los Españoles todos tuvieron que acudir a la defensa, y no eran ya bastantes a resistir el impulso de una masa compacta que se precipitaba sobre ellos a pesar del estrago de las armas de fuego, y los oprimia sin cesar por todas partes. Los apuros de los sitiados crecian por momentos, las puertas estaban para caer, y el cuartel empezaba a ser escalado por varios puntos. Moctezuma ofreció entonces salir a apaciguar sus vasallos, y se presentó en un lugar elevado en compañía de sus familiares, y adornado con todas las insignias de su dignidad. A su vista cesó el tumulto y entró todo en el mas profundo silencio: su discurso fué breve y escuchado con atencion: dijo estar muy reconocido por un movimiento que suponia no haber tenido otro objeto que el de ponerlo en libertad, disculpó los medios de que se habian valido en atencion a la importancia del fin: los alabó de un modo tan suave y ajeno de su orgullo, que desde luego indicaba el miedo de que se hallaba poseido: y concluyó poniendo en noticia de la multitud lo que habia acordado con el general español sobre la salida de su ejercito.

Pero el emperador no era ya para los Mejicanos sino un prisionero envilecido y humillado, que por su cobardia habia sacrificado a unos aventureros la independencia y esplendor de su dignidad y la libertad de su nacion. Sin duda debieron hacerse circular

anticipadamente estas consideraciones en un pueblo ya irritado, que solo se habia contenido por los prime-
ros impulsos del habito de respetar a su monarca ,
pues apenas habia acabado de hablar este, cuando se
difundió por la multitud un movimiento de indigna-
cion general, que se esplicó primero por dieterios y
despues por una lluvia de flechas y piedras contra
su persona. Aunque los Espanoles acudieron a cu-
brirlo con sus escudos no pudieron impedir que
una piedra lo hiriese gravemente en la sien y lo
derribase en tierra sin sentido. Cuando la multitud
lo vió caer, aterrada de haber cometido un atentado
sin ejemplo en los anales mejicanos , se dispersó
en todas direcciones como por un impulso maqui-
nal y quedó todo tan solo, que cuando los Espan-
oles acudieron a continuar la defensa del cuartel se
hallaron sin enemigos. Luego que Moctezuma vol-
vió en si se entregó a todos los arrebatos del furor
que en un rey soberbio acostumbrado a una sumi-
sion absoluta, produce el desacato de sus vasallos.
No fué posible calmarlo ni se prestó a ser curado ,
rompió el vendaje , y victimá de su herida a la par
que de las mas violentas pasiones,murió al cabo de
tres dias maldiciendo sus vasallos y clamando in-
cesantemente por su castigo. Cortes envió el cada-
ver a los principales de la ciudad que le hicieron
los honores funebres con toda la pompa y suntuosi-
dad de estilo, y con muestras de dolor y sentimiento

poco compatibles con el suceso que le privó de la vida.

La muerte de Moctezuma dió en tierra con las débiles esperanzas que Cortes podía fundar en él, por ella se hizo ya imposible una retirada pacífica, que era lo mejor a que por entonces podían aspirar los Españoles, y los cuidados del general se aumentaron cuando las hostilidades, que habían cesado durante las exequias del difunto y la elección y posesión de su sucesor, se rompieron de nuevo sin dar respuesta a las proposiciones de paz, que mediante los familiares de Moctezuma, se habían hecho al nuevo gobierno. Cuitlauatzin, rey de Ystapalapa, que había sido electo emperador, continuó el mismo plan de acabar con los Españoles, impidiéndoles la salida y oprimiéndolos con el número. Así es que se volvió al ataque del cuartel, aparecieron las calles llenas de guerreros y ocupadas militarmente las alturas inmediatas; una de ellas era el templo mayor que lo dominaba enteramente, y desde el cual eran hostilizados sin cesar los Españoles que salían a los patios o azoteas. Determinado Cortes a desalojar de él al enemigo, y atacarlo en todos sus puntos, salió con el grueso de su gente, y comisionó al capitán Juan de Escobar para que se apoderase del puesto que incomodaba al cuartel. Este templo era como todos los de Méjico, es decir una masa sólida de muy grande elevación, sobre la cual se hallaban cons-

truidas algunas capillas, y se subia a el por una escalera muy pendiente. Escobar emprendió por ella su ataque y venció sin obstáculo considerable la mayor parte de las gradas; mas cuando se hallaba bastante avanzado, vino sobre el una lluvia de flechas y piedras de enorme magnitud, que arrastraban consigo cuanto encontraban al paso. Para desalojar de los pretils del templo al enemigo, se hizo uso de las armas de fuego; pero a pesar de ellas y de la constancia e intrepidez de los que sostenian el ataque, no se avanzaba un paso y sus filas eran a cada momento rotas. Entonces Cortes que se hallaba no muy distante tomó la cosa por su cuenta, cargo gran parte de su gente y se apoderó de la altura. Los que no habian sabido sostenerse cuando tenian una posicion que las ventajas locales hacian inespugnable, fueron completamente derrotados luego que la perdieron: los unos murieron al filo de la espada y los mas perecieron precipitados de la altura. Entre estos hubo dos, que resueltos ya a morir, quisieron hacerlo prestando a su patria un señalado servicio, haciendo perecer a su principal enemigo; para lo cual se hincaron ante Cortes que se hallaba proximo al pretil, en ademan de rendidos; y cuando este los escuchaba, hallandose mas distraido por atender a su demanda, se abrazaron con el, lo asieron fuertemente y se precipitaron de la altura con el designio de llevarselo consigo, lo que se

habria verificado, si a costa de grandes esfuerzos no hubiese logrado desprenderse de ellos.

Tomado el templo fué inmediatamente incendiado despues de haberse trasladado al cuartel los viveres que en el habia ; y Cortes, desembarazado ya de este empeño, acudió con la caballeria a lo mas recio del combate que estaba en toda su fuerza en la calle de Tacuba. Los caballos desacian en momentos cuanto encontraban al paso, y la infanteria que se hallaba a retaguardia acababa la derrota que Cortes habia empezado. Mas este tuvo la indisicion de adelantarse demasiado y salvar muchos puentes de la calzada, dejando un grande trecho entre su persona y los que lo acompañaban, con lo cual quedó cortado por las fuerzas enemigas que le cargaron de tropel. En este apuro echó por el flanco tomando una calle que juzgó podria conducirlo a la espalda de su retaguardia : a pocos pasos dió con una partida que llevaba preso a su grande amigo Andres de Duero, y entonces olvidando su riesgo personal acometió con ella e inmediatamente la hizo soltar al preso , que ayudandose con un puñal oculto en sus vestidos recobró su caballo , se unió a Cortes y ambos se abrieron paso hasta reunirse con los suyos.

El enemigo, batido en todas partes y aterrado con sus inmensas perdidas, cambió de plan despues de esta accion, y se resolvió a entretener a Cortes con

proposiciones de paz, alargando la negociacion cuan-
to fuese necesario para que consumidos los viveres y
debilitados por el hambre los Espanoles, no se halla-
sen en estado de resistir los ataques sobre el cuartel
que se reservaban para entonces. Mas temiendo que
llegasen estos a conocer lo que se tramaba, tomaron
al mismo tiempo todas las precauciones posibles
para impedirles la retirada, cortando los puentes,
inutilizando las calles y calzadas, y apostando cerca
de ellas a trechos canoas con gente armada que,
atacandolos por los flancos les imposibilitasen el paso.

Cortes, que penetró los designios de sus enemigos, y se hallaba ya practicamente convencido de la imposibilidad de mantenerse en Mejico, reunió a sus capitanes, no para tratar de la retirada, pues ya este era punto que no podia ponerse en cuestion, sino para acordar el modo de verificarla. Desde luego se convino en la necesidad de salir en el mismo dia para evitar todos los obstaculos que podian impedir el paso si se diferia para mas tarde: la principal dificultad que consistia en las cortaduras, no se halló otro medio de salvarla que la construccion de un ponton capaz de trasladarse de una a otra: mayores dudas se pulsaron sobre si la salida deberia ser a la luz del dia o en las tinieblas de la noche, mas como las resoluciones eran urgentes en aquellas circunstancias, no se deliberó mucho, y se acordó fiar a la oscuridad la seguridad del ejerci-

to , sin otro fundamento que el lijerisimo de que los Mejicanos no acostumbraban pelear de noche. Esta resolucion fué funesta, pues por ella quedaron privados los Españoles de las ventajas de ver venir al enemigo, conocer el terreno sobre que se peleaba y poder resistir cerrados , cosas todas inasequibles en la confusion que producen las tinieblas, y que constituan esencialmente la superioridad que tenian sobre el ejercito mejicano. Para adormecer la vijilancia de los enemigos , en la misma tarde se les mandó uno de los de la servidumbre de Moctezuma que adelantase las negociaciones entabladas sobre la paz , ofreciendo que la retirada a mas tardar seria dentro de ocho dias. Luego que oscurecio se trató de la marcha y se encargó la vanguardia a Sandoval , la retaguardia a Velasquez de Leon y a Pedro de Alvarado, y el centro con la artilleria bagajes y demas articulos voluminosos , por ser de pura conduccion, se lo reservó Cortes. El tesoro , separado el quinto del rey , se abandonó a los que de los soldados quisiesen aprovecharse de el , y esta indisencion hizo que muchos pereciesen en la refriega por haber tomado mas de lo que podian conducir sin perjuicio de su defensa.

Cuando todo estaba dispuesto , que fué hacia la media noche , se emprendió la marcha por la actual calle y calzada de Tacuba en el mas profundo silencio. Hasta la primera cortadura no se halló el